

Un siglo de crónica negra en España es cuanto en esencia recoge este libro. Desde el comienzo de las publicaciones de sucesos hasta el inicio de una nueva época, tras la Guerra Civil. La aparición del semanario El Caso marcaría otra forma de difundirlos, a tono con los nuevos tiempos. Aunque los asesinatos y otros delitos han continuado siendo muy parecidos.

Se muestran, por temáticas y orden cronológico, más de medio centenar de sangrientos hechos que conmocionaron en su momento a la sociedad. Criminales, víctimas, verdugos... Historiografía criminal, mediante una visión retrospectiva, aunque con aportes recientes.

Se añaden nuevos datos y testimonios desconocidos, fruto de investigaciones recientes. Como la aparición de un testigo del famoso crimen de las estanqueras de Sevilla en 1952, por el que fueron ejecutados tres inocentes. También algunas polémicas surgidas en los últimos tiempos sobre resonantes casos antiguos, como el de la vampira de Barcelona, donde feministas radicales tratan de lavar la imagen de una terrible asesina.

La historia de un país se refleja en gran parte a través de sus crímenes. En especial de aquellos que dejaron huella. Ambiente, circunstancias y protagonistas han quedado plasmados para la posteridad a través de la prensa. Un valioso legado que permanece en las hemerotecas. Temas humanos, emotivos e interesantes, en ocasiones pródigos en misterio.

Las primeras publicaciones de sucesos se crearon a mediados del siglo XIX. Mostraban crímenes espeluznantes –algunos de ellos todavía citados en dichos populares– y otros igual de asombrosos, pero olvidados por el paso del tiempo. Así, es muy utilizada, sobre todo en Madrid, la expresión «es más famoso que el crimen de la calle Fuencarral». Un sangriento hecho que conmovió al país, pero que el olvido ha sepultado las graves consecuencias que tuvo aquello. Casi un enfrentamiento entre las dos España. Grave pugna política entre partidos, prensa y gente de corte conservador y liberal, quizá bastante similar al que vivimos en la actualidad.

También expresiones como «llevar al huerto», sinónimo de engaño. Tan usada y cuyo origen casi nadie conoce. Procede de la localidad sevillana de Peñaflores, donde mataron a seis personas que citaron con la excusa de participar en una timba clandestina.

En esta obra se explica el trasfondo de estos y otros impactantes casos. Narraciones apasionantes extraídas de amarillentas páginas que sacaron a la luz y contribuyeron al esclarecimiento de muchísimos delitos. En realidad, para narrarlos, falta tinta negra y sobran hechos luctuosos.

Relatos de sucesos que todavía causan escalofríos, auténticos hitos en el transcurso de nuestra historia criminal. Algunos, todavía encerrando un gran misterio pese al largo tiempo transcurrido. En suma, retales de vida que permanecen en la memoria colectiva, actualizados en lo posible hasta el momento presente.

Conforman un escenario por el que desfilan criminales de toda calaña y peligrosidad. Una romería de bebedores de sangre y sacamantecas, asesinos de niños, violadores y necrófilos, crueles parricidas, caníbales urbanos, fantasmas homicidas de carne y hueso, serial killers, etc. Un trágico escenario pródigo en desapariciones inquietantes, juegos siniestros, mujeres emparedadas, jóvenes cruelmente asesinados, macabros rituales y un largo etcétera de diabólicas maldades.

Auténtica radiografía –unas veces en negativo y otras en color– de la delincuencia y, por consiguiente, un reflejo de nuestra sociedad anterior y presente. Algo que constituye

una invitación a reflexionar sobre los motivos que han llevado a muchos a matar a sus semejantes.

Un abanico multicolor de violentas transgresiones, con un final de presidio para sus autores. Pero no siempre los culpables han penado en presidio sus culpas, porque no fueron descubiertos o consiguieron huir de la acción de la justicia. Delitos perfectos, de momento, por el resultado. Conocemos a las víctimas, pero tan solo se adivina la confusa silueta de sus ejecutores que han escapado al castigo. El enigma continúa.

Gran parte del material se ha extraído de crónicas periodísticas de la época. La prensa es una foto fija del pasado, impresa en papel, donde la falsificación de su contenido es prácticamente imposible. En este libro se van relatando, por orden sucesivo, historias de asesinatos, venganzas, ejecuciones, delitos de todo tipo a cuál más graves... Un apasionante viaje por los escenarios y crímenes más sobrecogedores, por lo que provocaron mayor conmoción social.

Anales del periodismo y la criminología. Las hemerotecas constituyen de siempre una buena fuente de información. A diferencia de los archivos policiales, donde el acceso está prácticamente vetado a tono con la política de no desclasificación de documentos. Como en los viejos tiempos de la dictadura. Algo que incomprensiblemente continúa en vigor.

Permanece el oleaje vivo que son los periódicos en tomos encuadernados, microfilmados, digitalizados... El ayer al servicio del hoy. Decía Herodoto, primer cronista de la historia, que el pasado explica el presente y este sienta las bases para los acontecimientos futuros.

De siempre, las malas noticias conmueven más que las buenas. La sociedad se ha volcado por conocer a los protagonistas, las causas y las consecuencias de los hechos sangrientos. En especial, cuando se trata de crímenes sin resolver, que dan lugar a oscuras interpretaciones, desbordan la imaginación más calenturienta y fuerzan a toda clase de cábalas sobre la identidad del asesino y lo que le empujó a su malvada acción. De ahí la gran aceptación del true crime, a base de producciones documentales centradas en casos abiertos. Género televisivo muy en boga en los últimos tiempos.

Los eventos trágicos captan la atención de muchísima gente. Son un reflejo de la sociedad en la que vivimos. Despiertan inusitada atracción porque suponen ruptura del orden establecido, convulsionan los cimientos éticos sobre los que se asienta la comunidad y cunde la inquietud ciudadana. Por ello, los gobernantes han intentado, antes y ahora, limitar conforme a sus intereses la difusión de tales hechos. Sucesos y políticos maridan mal.

Censura en tiempos de la monarquía, de la Primera República, de la dictadura de Primo de Rivera, de la Segunda República, del régimen franquista... Y, llegada la democracia, ha proseguido en parte encubierta mediante el dirigismo informativo. Con UCD, con el PP, con el PSOE... Y va a más de forma alarmante.

Como excusa, la corrección política. Una forma perversa de control. Para muchos periodistas: autocensura. Casi, peor que lo que ocurría antes.

Contra todo ello ha tenido que luchar, a lo largo de su dificultosa existencia, la prensa de sucesos. La mayoría de las publicaciones que se citan en este libro hicieron una gran labor en su momento en favor de la libertad de expresión y del esclarecimiento de numerosos crímenes. Difundirlos es la mejor forma, aparte de prevenirlos y evitarlos, de que la ciudadanía coopere para la detención de los malvados. Así, se informó de

numerosos asesinatos, unos resueltos y otros pendientes de ser aclarados, donde la colaboración de personas anónimas fue vital en muchas ocasiones.

En suma, crónica negra en estado puro. «La historia de los grandes acontecimientos del mundo apenas es más que la historia de sus crímenes» decía Voltaire. De aquellos que dejaron su impronta en la sociedad.

I. LA CRÓNICA NEGRA, TAN ANTIGUA COMO LA HUMANIDAD

MORBO POR EL CRIMEN

La primera noticia escrita de la historia fue un crimen. El Génesis describe como Caín dio muerte a Abel en el Paraíso Terrenal. Después de aquel fratricidio, una interminable sucesión de muertes violentas se ha ido produciendo hasta la actualidad.

Es precisamente en nuestro país donde existe constancia de la primera en la historia real de la humanidad. Ocurrió hace algo más de cuatrocientos treinta mil años. Entre los cadáveres descubiertos en el término burgalés de Atapuerca, el bautizado por los científicos como Cr-17 muestra un par de orificios perfectamente visibles. En el cráneo, sobre el ojo izquierdo, a causa de un par de golpes, de un arma o herramienta que penetró en el hueso frontal. La víctima, de veinte años, después fue arrojada a una profunda sima. Es el caso abierto primigenio de la crónica negra mundial.

La maldad para muchos tiene su encanto. El ser humano en esencia es morboso. Le atraen los temas y disputas sobre el poder, el robo y cuanto suponga violencia. Siente interés por las desgracias ajenas. Basta recordar el numeroso público que acudía a contemplar las ejecuciones en la hoguera, la guillotina, el garrote o el fusilamiento. Hay cierta gente a la que le hechiza ver en directo la faz de la muerte. Y mucha más a la que le gusta tener conocimiento cercano de los hechos macabros. Fascinación arcana por lo siniestro y peligroso, cosas ambas que atrapan por su intensidad emocional.

Relatos apasionantes que, remontándonos a los inicios de la humanidad, se narraban dentro de cuevas al calor de la hoguera. Durante siglos, el escenario donde se contaban tan trágicas historias. Después se inició un género literario con los clásicos de las tragedias griegas. Ponían en escena historias y leyendas, con personajes enfrentados, donde emociones y pasiones desencadenaban instintos asesinos. Posteriormente saltarían al papel.

A partir del siglo XV tuvieron bastante auge las denominadas “relaciones de sucesos”. Un género histórico-literario que, junto con los avisos, precedió al periodismo, en especial a lo que con el tiempo sería la crónica negra, dado que una gran parte se dedicaba a catástrofes naturales y desgracias personales. Duraron hasta la aparición de las gacetas, ya en el siglo XVI, que ampliaron el universo informativo al contar las noticias periódicamente y no de manera ocasional como se hacía hasta entonces. De ahí surgió la denominación de periódico.

En nuestro país los contenidos específicamente de sucesos se remontan a los pliegos de cordel –denominado aleluyas o, en Cataluña y Valencia, aucas– que reseñaban asesinatos, duelos, raptos, adulterios, venganzas, disputas y tropelías de cierta gente. Los ciegos cantaban por rúas y plazas unas coplillas y romances mientras señalaban con su bastón las diferentes viñetas de un cartel, en el que estaban reflejadas historias a cuál más trágicas.

Después vendían al público reproducciones impresas en hojas rectangulares, dobladas dos veces a modo de pliego. Ocho pequeñas planas que llevaban atadas mediante un cordel. Algo elemental que fue el precedente de lo que más tarde serían los cuadernillos, periódicos, revistas y otro tipo de publicaciones dedicadas al mundo del delito, con héroes y, sobre todo, villanos como protagonistas.

Los diarios empezaron a incluir narraciones de este tipo que se publicaban por entregas. Siempre terminaban con suspense para provocar la curiosidad y fidelización del lector. El famoso “continuará”. Prosa de intriga caracterizada por la simplicidad psicológica. Eran breves capítulos, a modo de pequeños folletos; de ahí el nombre de folletín. Literatura escapista de consumo masivo donde encontraron acomodo importantes autores.

Hasta que decidieron incluir el mundo del suceso a la actualidad como una información más. La Correspondencia de España fue el pionero. Especializado en la venta callejera mediante chavalillos que voceaban las últimas noticias. ¡La corres!, ¡La corres!, gritaban por rúas y plazas. Pronto se sumó a ello la competencia, especialmente El Imparcial y el Liberal, con informaciones de crímenes, suicidios, incendios y siniestros de todo tipo.

A mediados del siglo XIX, con la revolución industrial y tecnológica, así como con la imprenta bastante asentada en España y de la mano del liberalismo, empezó a bullir la idea de editar un diario en el que predominara la crónica negra. Existía interés en la población por conocer, a base de detalles concretos sobre víctimas, asesinos, el escenario del crimen y las circunstancias que lo habían motivado. La gente estaba ávida de noticias sensacionalistas.

A inicios del año 1868 se creó Los Sucesos. Semanario ilustrado. Y un par de años después nació Los Sucesos, con el lema fiat lux (que se haga la luz), que abarcaba toda clase de acontecimientos.

En 1882 surgió otra, con el mismo nombre, como «revista semanal ilustrada de actualidades, siniestros, crímenes y causas célebres». En formato sábana, fue la primera publicación eminentemente especializada. Su existencia discurrió en plan Guadiana reapareciendo varias veces con distintos formatos, pero siempre con portadas rebosantes de llamativas imágenes. Y un recuadro, arriba de página, que decía: «Cuantos crímenes o siniestros publicamos son exactos y tenemos a disposición de los que lo deseen los oportunos comprobantes que justifican nuestro aserto».

Tuvo su origen en La Hoja Extraordinaria, en la que mediante láminas se informaba semanalmente de los principales crímenes y siniestros. Después, inspirándose en la famosa publicación estadounidense Police Gazette (1845-1977) –el diseño de la cabecera fue similar–, se convirtió en un periódico de calidad. Logró gran difusión y su existencia se prolongó durante treinta y cinco años, con algunos cierres temporales. Otros intentaron seguir su estela, pero que no consiguieron igualarla.

Con el paso del tiempo el suceso se convirtió en un instrumento clave para atraer lectores. Al igual que ocurrió en otros países, este tipo de periódicos se presentaban como adalides y garantes de la moral y el orden, censurando la acción de los criminales y elogiando el buen hacer de los servidores de la ley. Algo que tuvo repercusión inmediata en el devenir de la sociedad, en su lenguaje, en sus miedos... Indudablemente, dejó su impronta en la política legislativa, que tuvo que ir evolucionando al respecto de modo rápido.

Era tal la audiencia de este tipo de publicaciones que el periódico El Socialista empezó en 1894 a criticar a la crónica negra como no políticamente correcta. Un anticipo de lo que acabaría siendo el falso progresismo que impera al respecto en la actualidad.

Publicaciones que tuvieron que luchar contra viento y marea. Casi todas terminaron ahogándose en las procelosas aguas movidas por los gobernantes de turno. La política, antes y ahora, siempre ha sido igual. Pretende controlar, en su beneficio, todo lo referente al mundo de la información.

Alrededor de 1888 se editó El Proteccionista, por iniciativa del famoso policía Daniel Freixa y Martí, alias Agente informador. Al año siguiente aparecía La Gaceta del Crimen, del republicano Emilio Saco y Brey; llegó a ingresar en la cárcel por artículos publicados en dicho semanario.

Coincidiendo con el inicio del siglo XX salió a la calle El Suceso Ilustrado (1901). Después fueron apareciendo Los Sucesos. Periódico Ilustrado (1904), Museo Criminal (1904), Las Ocurrencias (1910), Crónica del Crimen (1913), La Actualidad Trágica (1913), Últimos Sucesos (1913), El Crimen de Hoy (1919), Los Sucesos Semanales (1923), etc. También hubo una publicación de carácter semioficialista, La Gaceta de Policía, subtitulada «Periódico defensor de los cuerpos de Vigilancia, Seguridad, Guardia Civil, Penales, Policía Municipal y Urbana»; fue creada en 1902.

Continuadoras de los antiguos folletines, imprimieron el sello de la actualidad. En sus apretadas páginas se recogía un puzle de homicidios, secuestros, asaltos, violaciones, robos, peleas, incendios, explosiones y demás siniestros que pudieran estimular la curiosidad e interés del público. A falta entonces de fotografías aderezaban los textos con ilustraciones melodramáticas, realizadas a plumilla, escenificando de manera acentuada importantes trances acaecidos. Su paleta estaba limitada de colores: blanco y negro, claro y oscuro. Por ello, los dibujantes estrujaban la imaginación para reflejar escenas que incentivaban la curiosidad morbosa de un gran sector público.

Durante los llamados felices años veinte la prensa tuvo que suplir las limitaciones políticas y militares que imponía la censura, tanto por la dictadura de Primo de Rivera como por la guerra de Marruecos, con un despliegue informativo y literario en torno a temas no vedados. La crónica negra era uno de ellos.

Diarios como El Barcelonés (1845), La Correspondencia de España (1848), El Imparcial (1867), El Liberal (1879), La Vanguardia (1881), La Unión Mercantil (1886) El País (1887) Heraldo de Madrid (1890), Abc (1903), El Día (1916), La Libertad (1919), La Voz (1920), Ahora (1930) y otros dedicaron abundante al mundo del crimen. También publicaciones, que no eran específicamente de sucesos, como el bisemanal Gil Blas (1915), los semanarios Estampa (1928) y Crónica (1929), etc. El éxito de ventas era creciente.

En puertas de la Guerra Civil apareció La linterna (1935). Tan solo duró un año a causa del estallido del conflicto bélico. Proporcionaba amplia cobertura literaria y gráfica. Se caracterizó por su exceso de dramatismo y un estilo exageradamente sensacionalista, algo desacostumbrado para la época.

Historia de las publicaciones de sucesos que contó con importantes firmas literarias. Benito Pérez Galdós hizo varios relatos periodísticos sobre el cura que mató a tiros al primer obispo de Madrid-Alcalá y sobre el crimen de la calle Fuencarral. Después recogió ambos casos en un libro. Su entonces compañera sentimental, Emilia Pardo Bazán, escribió acerca de los sacramantecas, en especial sobre Manuel Blanco Romasanta, y de crímenes como el de la madrileña calle Lanuza. Federico García Lorca se inspiró en un crimen de Níjar para una exitosa obra teatral Bodas de sangre. Wencelao Fernández

Flores investigó el caso de la muerte de las chiquillas de la calle Hilarión Eslava. También Pío Baroja, Ramón Gómez de la Serna, Miguel Valle-Inclán, el padre Luis Coloma y otras prestigiosas firmas trataron casos de parecido corte.

Por supuesto, ocurría antes y ocurre ahora, había quienes acusaban de sensacionalismo y hasta amarillismo a cierta prensa por publicar crónica negra. El conocido escritor Fernando Piñero, que hizo famoso el seudónimo de Juan Ferragut, escribió un duro artículo contra dicha gente crítica con este género periodístico.

«Era lógico, era justo, pese a esos sedicentes intelectuales, imaginativos de vulgaridades sexualidades, ensayistas de vaguedades tan sesudas que a nadie importa ni nadie lee y que nos censuran sin querer concebir que los escritores, los pensadores y los publicistas, o no son nada o son cronistas, fiscales e investigadores, pintores y biólogos de la época en que viven».

Lo cierto es que eran relatos que pueden ser leídos hoy con el interés que suscita cualquier excelente novela policíaca actual. Un estilo de periodismo primigenio que no se limitaba a un esquema simplificador de la noticia. Tenía un magnífico toque literario. Por ello resiste al tiempo cuando hay alguien capaz de exhumarlo.

Difundió los más importantes sucesos ocurridos en aquella época. De unos, pese al tiempo transcurrido, se sigue hablando. Incluso, en ocasiones llevados al cine y a la televisión. Otros, conocidos de nombre, pero desconocidos en cuanto a su contenido, son detallados en estas páginas. (Sic)